

Nuestros lectores opinan

Lo público y lo privado

Luis Armando González

Cuando se habla de lo “público” se piensa, casi inmediatamente, en aquello que no es de nadie en particular y que, por tanto, está -o tendría que estar- a disposición de todos, es decir, “del” público. Así, se habla de “espacio público” y también de “bienes públicos”.

Por “privado” se suele entender aquello que no es público, o sea, aquello que está en manos privadas y que, por consiguiente, no está a disposición de cualquiera. Los “espacios privados” -por ejemplo, los centros comerciales-, y los “bienes privados” -por ejemplo las residencias o los automóviles particulares- son una manifestación de lo privado, en el sentido apuntado.

Pero hay un significado tanto de lo público y como de lo privado que suele pasar desapercibido y que es de enorme importancia antropológica. Nos referimos a lo público como exteriorización de dimensiones personales: es decir, lo público como “publicidad” de lo personal.

En este significado, en lo público se “muestran” algunos rasgos, hábitos, modos de ser de cada individuo. Hay cosas que no se muestran, que quedan -o deberían quedar- resguardadas en la intimidad de la persona, en su interioridad afectiva/ subjetiva: este es el ámbito privado del individuo.

En lo público -dando publicidad a su vida- el individuo queda expuesto ante los demás. Hay riesgos, claro está. Pero la sociedad -por lo menos tal como se ha constituido hasta el día de hoy- es inviable sin ese vínculo, real, cara a cara, mediante el cual cada individuo queda expuesto, públicamente, ante otros. Es como si, para que la sociedad funcione y tenga vigencia como sociedad, cada individuo debe salir de sí, abandonar su resguardo privado, para relacionarse con los demás, para interactuar con ellos, para reconocerse como miembro de una comunidad.

Parece ser, sin embargo, que históricamente la vida comunitaria -el todo social- era tan poderosa que ahogaba al individuo, al punto de hacer inviable la existencia de un ámbito privado personal. Como han apuntado autores de la talla de Mario Vargas Llosa, en aquellos remotos tiempos históricos, la tribu anulaba al individuo y su vida interior.

No hay que irse muy atrás en el tiempo para comprender esta arremetida tribal en contra de la vida privada (interior) de los individuos: en la edad media se violentaba permanentemente esa vida interior obligando a la gente a exponer su interioridad afectivo/subjetiva -sueños, pesadillas, amores, desamores, pasiones, creencias, temores, odios- a la autoridad eclesial y civil, pues nada debían guardar los individuos para sí. Cuesta creer que en el siglo XXI esas inercias medievales sigan presentes en distintos rincones del planeta.

Como quiera que sea, el reconocimiento de que los individuos tenían una vida interior -un ámbito personal privado- que debía ser resguardado llevó un largo tiempo, y no sin intensas luchas políticas e ideológicas. Las revoluciones inglesa, norteamericana y francesa, así como el Renacimiento y la Ilustración, jalonaron los procesos históricos que condujeron a proclamar, como un derecho humano fundamental, la libertad de conciencia de los individuos y a obligar a los Estados a resguardar y proteger la vida interior de las personas como un espacio inviolable y en el cual únicamente ellas podían decidir.

En ese marco, hurgar en la subjetividad de los individuos y forzarlos a revelar sus pensamientos o creencias se consideró una terrible afrenta a su dignidad, lo mismo que publicitar, en contra de su voluntad, sus preferencias íntimas políticas, sexuales o religiosas.

La globalización neoliberal y su cultura están dando al traste con esa conquista histórica y antropológica. Eso que costó sacrificios a las generaciones precedentes -la reivindicación de un ámbito, en los individuos, que no podía ser vulnerado por nada ni nadie: el ámbito de su vida íntima mental, sexual, ideológica o religiosa- se está evaporando a la vista de todos y con su complicidad y participación activa.

En un mundo en el cual las relaciones sociales reales se reemplazan por las “redes sociales” (o sea, redes virtuales de comunicación), asistimos a una publicitación creciente de lo privado (personal, íntimo), que amenaza con su desaparición. Y esa publicitación corre por cuenta de terceros, que impunemente hacen pública la vida privada de determinados individuos (cuya individualidad por cierto no importa, pues se ha virtualizado), pero también de estos últimos

que parecen realizarse cada vez que exponen a la vista de todos -de cualquiera, pues las “redes sociales” son públicas y anónimas– sus vivencias y secretos más íntimos.

De modo que el asunto no es ya, como hace unas décadas atrás, proteger y reivindicar un espacio personal privado, sino de hacer público lo privado de manera obsesiva. Y si uno no lo hace, otros lo harán: lo privado personal, en fin, se está difuminando... Y lo privado empresarial, mientras tanto, va extendiendo sus tentáculos convirtiendo todo en bienes privados y espacios privados. Así es esta globalización neoliberal y su cultura. Los bienes y el espacio público se privatizan, y la vida privada se hace pública. Como resultado de ello, cualquiera puede conocer los secretos más íntimos de alguien, pero no cualquiera tiene acceso a los bienes y los espacios privatizados.

